

M.^a Pilar
Martínez Barca

Joan
Margari

Vivió y escribió entre dos dolores, de la guerra civil a la pandemia. No le quitó la vida, pero le robó como a tantos la ilusión, para él de festejar como se merecía el Premio Cervantes 2019. Aunque estaba de vuelta: «La libertad es una librería. / Ir indocumentado. / Las canciones prohibidas».

Sus más de treinta poemarios, su Cristóbal Colón, el estadio y anillo olímpico de Montjuic o la Sagrada Familia no desdoran su cátedra de Cálculo de Estructuras en la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Barcelona. «Albañiles al alba encienden fuego / con restos de encofrados».

Joan Margarit es de esos poetas «que no suelen abanderarse en la espontaneidad sino en la densidad» (José-Carlos Mainer). 'Estación de Francia', 'Cálculo de estructuras' o 'Casa de misericordia' retrotraen al pasado, pero la belleza se encarna en 'Joanna', la hija con síndrome de Rubinstein-Taybe que sintió perder en ocho meses: «La he cambiado por la seducción / de la ternura iluminando el hueco / que la razón dejó en tu rostro».

Nacido inmigrante en Sanañuza (Lérida), por esas cosas de la vida y la guerra. Sus primeras palabras son castellanas, para saberse pronto cómodo en el catalán. Un adolescente que ama a Góngora y Quevedo, Machado y Juan Ramón, Josep Pla, Martí i Pol, Salvador Espriu, pero también a Paul Celan o Rilke; todo un símbolo de consenso. «Es el niño callado que jugaba solo. / Permanece detrás de estos ojos de viejo, / resiste la embestida brutal del mediodía / oyendo los confusos versículos del mar».

Hombre comprometido con el tiempo y sus circunstancias, desde lo cotidiano: «Cuando veníamos de noche / a tirar la basura, / nos quedábamos a ver el firmamento». Un niño grande que ve pasar irremisiblemente la vida, y se duele, y se extraña: «Y hay tanta oscuridad en cada manga / que las manos, artríticas y frías, / son un olvido o una despedida».

Un demiurgo que sana desde la experiencia en este oscuro año para olvidar. «Solo sé que me marchó con mis muertos». Un poeta que supo construir un edificio sólido y confortable. La semana pasada nos dejaba. «Cavar entre las piedras, los terrones, / las raíces que nunca arrancarás». Y habitamos su obra, para siempre.

José Badal Nicolás

De las palabras a los hechos

Los gobernantes de nuestro país nunca han desarrollado las políticas necesarias para asegurar el progreso científico. Y sin ciencia y conocimiento no hay bienestar

La actual pujanza de China, reflejada en su espectacular despegue en ciencia y tecnología, en su desembarco en diversos campos de la investigación científica y en su imparable desarrollo industrial, económico y militar, atrae poderosamente la atención del mundo entero. Son capítulos interconectados de la reciente historia de este vasto país, que ha recorrido un largo trecho desde su etapa sometida a las potencias coloniales europeas y al imperialismo japonés hasta nuestros días, bajo la férrea dirección de un régimen político muy alejado de la miope concepción que por estos pagos lo despacha simplemente como comunista. Sí, es un país de economía centralizada de puertas adentro (lo que no deja de ser conveniente para gobernar a 1.400 millones de personas, ya ven lo que pasa aquí con apenas 47 millones), pero tan capitalista como el que más en sus relaciones exteriores con otros países. Lo refleja de modo lacónico y certero la conocida máxima de 'un país, dos sistemas'.

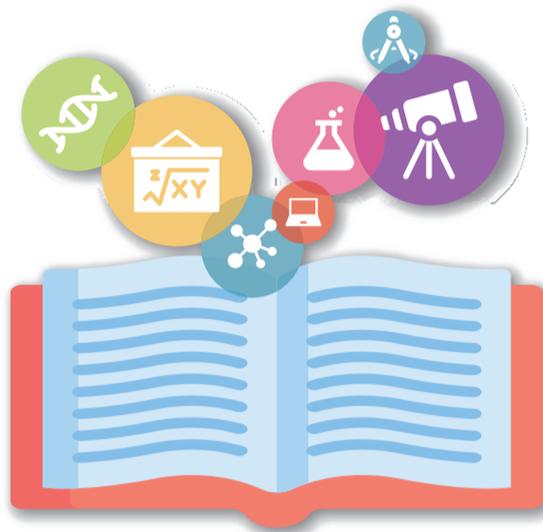
Pero a lo que yo quiero referirme es a las razones de la eclosión de un país que en poco más de medio siglo se ha convertido en una potencia en investigación científica. Este devenir histórico no es por casualidad; es más bien el resultado de una inteligente estrategia concebida, implementada, controlada y sostenida con voluntad y tesón a lo largo de las últimas décadas, una vez fijado el objetivo primordial de transformar un país con la mayor población del mundo en una nación poderosa en el contexto internacional, ante la inquietud de las

otrotra potencias coloniales y algún otro país crecido por mor de botín de guerra. Que nuestros dirigentes tomen nota.

No hay secretos. El fundamento de todo progreso en materia social y económica es y siempre ha sido el conocimiento. Esto lo saben muy bien varios países (Israel, India, las dos Coreas, Japón, China, Estados Unidos, Alemania, etc.), que se han aplicado en sentar las bases sólidas para un desarrollo equilibrado y sostenible (como ahora gusta decir a muchos paletos de nuestro solado panorama político); pero por desgracia no el nuestro, cuyos gobernantes nunca se empeñan realmente en ello con presteza y perseverancia porque con manifiesta desvergüenza están ocupados en su medio personal y en el de sus amigos, parientes y correligionarios. Los cimientos son: 1) un sistema educativo eficaz, bien diseñado y

«En España, la inversión en I+D por habitante y año es de 332 euros y la media europea duplica esta cifra con 683 euros»

con permanencia en el tiempo, y si me apuran un tanto sesgado (en exigencia) hacia las disciplinas científicas; 2) un serio proceso de selección de los mejores estudiantes encaminado a que sólo los más capacitados accedan a la universidad para su formación y cualificación; 3) unas universidades bien estructuradas (especializadas) y dotadas con suficientes recursos, con buenos laboratorios y con personal docente bien preparado; 4) buenas salidas profesionales y bien remuneradas para nuestros



ISM

José Luis Ledesma, profesor de la Universidad Complutense

Violencias

Los disturbios no son la única forma de violencia que se vive en nuestra sociedad

Los telediarios, periódicos y tertulias nos arrojan cada día las imágenes de contenedores ardiendo, los datos de escaparates rotos y la condena de los violentos. Han metido en la trena a un rapero por las letras de sus canciones, sí, y somos el hazmerreír de Europa por eso, también. Pero la respuesta, nos dicen, no es quemar el centro de Madrid y Barcelona cada noche. La violencia no cabe en democracia y no conduce a nada bueno.

Pues claro que no. Acarrea da-

ños físicos y en los peores casos la muerte, pero además abre heridas emocionales y cava zanjias irreparables. Supone la forma más extrema de poder, humillación y exclusión, y se pega para siempre a las víctimas y a los victimarios.

Qué bien que hayamos caído en la cuenta. Y si condenamos los ataques al mobiliario urbano, ya solo falta dejar de aceptar los que sufren las personas. Seguro que pronto dejarán de quedar impunes otras actuaciones que también son violentas: los disparos de fuer-

zas policiales que ciegan ojos de inocentes; los ataques xenófobos, incluido algún intento reciente de quemar un centro de migrantes con sus ocupantes dentro; los desahucios de familias a las que la codicia de bancos y fondos buitres manda a la exclusión social.

Quién sabe, a lo mejor hasta inundan los medios situaciones cotidianas tan lesivas como la trata de mujeres migrantes o una política migratoria que condena a jugarse la vida en patera. Por no hablar de auténticos necro-nego-

egresados auspiciadas por los sectores público y empresarial; 5) una apuesta irrenunciable en favor de la ciencia, la tecnología y la investigación, con una fuerte y perdurable inversión en I+D+i.

¿Con qué nos encontramos en este país nuestro? Con un caos educativo sometido al trágala de la ideología y liderado por una ministra que ha alumbrado una ingeniosa solución para maquillar el fracaso escolar de nuestros jóvenes: el reparto indiscriminado de títulos aun con suspensos. Con una selectividad que poco o nada selecciona y que permite el acceso a estudios superiores de auténticos zotes. Con una proliferación de universidades públicas y privadas, a menudo infradotadas, que reclaman a gritos la actualización de currículos y mayores exigencias en cuanto al diseño de programas de postgrado, muchas veces con menoscabo de ofertas en materias científicas. Con una intolerable ausencia de planes para los egresados. Con una vergonzosa inversión en I+D estancada en el 1,24% de nuestro PIB, cuando la media europea se sitúa en torno al 2,2%. En España, la inversión en I+D por habitante y año es de 332 euros y la media europea duplica esta cifra con 683 euros (datos de noviembre de 2020).

No podemos continuar así. Es hora ya de encarar nuestro futuro sin fiarlo en gran parte al turismo. ¿Para cuándo una ley de educación bien meditada y pactada? ¿Para cuándo una buena y consensuada ley de universidades por parte del inconsistente ministro del ramo? ¿Para cuándo una atinada y ambiciosa ley de la ciencia por parte del inoperante ministro astronauta? Necesitamos menos despilfarro en políticas infumables y dádivas caprichosas, y más empeño por superar el secular retraso de nuestro país en investigación. A ver si de una vez por todas pasamos de las palabras a los hechos.

Jo e Badal Nicol e ca edr ico emeri o de la Uni er idad de Zaragoza

cios que ponen en riesgo millones de vidas, como los de las patentes farmacéuticas, la especulación en bolsa con los precios de alimentos básicos o el tráfico de armas, sin el que no sería posible la más devastadora forma de violencia: las guerras.

Como nos enseña el feminismo, lo que consideramos o no violencia marca el límite entre lo tolerable y lo intolerable. Dime qué violencia toleras, de quién y contra quién, y te diré qué sociedad eres. Si lo de rechazar la violencia va en serio, el rechazo no puede quedarse en lamentar contenedores quemados. Si no, parecerá que se usan como cortinas de humo para opacar tanto las causas de las protestas como otras formas mayores de dolor, injusticia y violencia.